

LA COMUNICACIÓN «OCCIDENTAL»

THE «WESTERN» COMMUNICATION

Por **Erik Torrico Villanueva**

etorrico@uasb.edu.bo

orcid.org/0000-0003-1237-9241

RECIBIDO 07-02-2015

ACEPTADO 30-04-2015

Universidad Andina Simón Bolívar
Bolivia

RESUMEN

Las actuales teorías de la comunicación han sido fundamentalmente desarrolladas por autores estadounidenses y europeos, responden a las características de las sociedades industrializadas del Norte y se enmarcan en los parámetros de cientificidad establecidos por la Modernidad. Dichas teorías han alcanzado en la práctica un nivel canónico y son reproducidas habitualmente en los procesos de formación, en el ejercicio profesional e inclusive en el sentido común. Ante ese predominio de lo que puede llamarse la «comunicación occidental», la tradición latinoamericana de pensamiento comunicacional crítico está hoy desafiada a trabajar por la desoccidentalización de ese campo teórico en busca de un nuevo entendimiento del fenómeno de la comunicación y de su estudio.

PALABRAS CLAVE

comunicación, Modernidad, eurocentrismo, América Latina

ABSTRACT

Current Communication theories have been mainly developed by American and European authors, respond to the characteristics of industrialized societies of the North and are part of the scientific parameters established by Modernity. These theories have virtually reached a canonical level and are normally reproduced in training processes, professional practices and even common sense. Facing the fact of this «western communication» predominance, the Latin American tradition of critical communication thinking is today challenged to work for deswesternizing this theoretical field in search of a new understanding of the communication phenomenon and its study.

KEYWORDS

communication, Modernity, eurocentrism, Latin America



LA COMUNICACIÓN «OCCIDENTAL»

Por Erik Torrico Villanueva

Como sucede, prácticamente, en todos los campos del conocimiento, en la comunicación también predominan los supuestos, los fines y los criterios de la cientificidad del mundo «moderno» y «occidental»; es decir, aquellos establecidos en el marco de la jerarquización racializada y de la razón dualista¹ que devinieron norma a partir de que Europa se convirtiera en el centro económico y político del planeta, después de que controlara el Atlántico desde finales del siglo xv y de que conquistara el «Nuevo Mundo», territorio que procedió, luego, a colonizar.

Pese a que no hay entre los estudiosos del área un acuerdo explícito sobre la existencia de un canon con ese cariz en el ámbito de la teoría comunicacional,² la situación aludida sí se manifiesta a través de la prevalencia de un conjunto de ideas y de asertos proveniente de un puñado de autores estadounidenses y europeos al que en los hechos se le atribuye tal condición. La reiterada referencia, tanto en textos de divulgación como en programas universitarios de distintos continentes, a unas pocas nociones y teorías, al igual que a unos cuantos personajes responsables de haberlas elaborado, ha terminado, así, por sedimentar una forma aceptada de pensar la comunicación y de caracterizar su análisis que, casi sin discusión, es considerada de alcance y de validez universales.

El resultado tangible de ese predominio es una concepción euro-estadounidense del hecho comunicacional –entendido, básicamente, como la transmisión de mensajes masivos, tecnologías mediante, para ejercer influencia política, empresarial o religiosa– con destacada presencia y uso no sólo en la academia sino en las prácticas profesionales del área y hasta en el sentido común ciudadano. Este «paradigma dominante» concibe a la comunicación, ante todo, como un recurso instrumental, de apoyo a intereses de poder (de los emisores y/o de sus financiadores), por lo que confiere a su investigación una utilidad inmediatamente práctica antes que una capacidad para generar conocimiento social autónomo y que pueda ser científica y socialmente relevante.

Se suma a ello que la identificación de cuatro «iniciadores» o «padres fundadores» de la investigación y de la teorización comunicacionales –Kurt Lewin (prusiano, psicólogo), Carl Jovland (estadounidense, psicólogo), Harold Lasswell (estadounidense, politólogo) y Paul Lazarsfeld

(austriaco, sociólogo)–, efectuada por el literato estadounidense Wilbur Schramm (1965), no solo fue y continúa siendo asumida como palabra de autoridad sino que, además, casi descarta la posibilidad de reconocer cualquier otro origen previo a la Segunda Guerra Mundial para esas materias o, al menos, de asumir que hubo alguna otra fuente coetánea. En este sentido, incluso antecedentes de investigación y de reflexión sobre la prensa que fueron encontrados en trabajos sociológicos de clásicos europeos, como Gabriel Tarde, Karl Marx, Émile Durkheim o Max Weber, resultaron dejados de lado y ni qué decir de los que es dable hallar en el pensamiento latinoamericano a partir del siglo XIX.

En consecuencia, como campo dedicado al examen de los procesos de (inter)relación significativa, la comunicación emergió en el Occidente durante el primer tercio del siglo XX con la impronta del saber empírico, mensurable y aplicable, y vinculado a los intereses políticos y económicos del capitalismo, puesto que sus primeros desarrollos se produjeron en el marco liberal de iniciativas investigativas del gobierno, algunas fundaciones empresariales o ciertas corporaciones privadas de los Estados Unidos de Norteamérica (Pooley, 2008). Se generó, entonces, un proceso de construcción de índole canónica en el sentido de que el campo comunicacional terminó dotado, así fuese indirectamente, de un modo predominante de organización intelectual condicionante tanto de la aprehensión de los fenómenos de su interés como de la constitución de las principales corrientes de producción y de divulgación teórica sobre el particular.

LOS SABERES DE OCCIDENTE

El Occidente, además de referir geográficamente al oeste, es una metáfora histórica que en el plano del conocimiento privilegia la condición fundadora y las supuestas capacidades superiores de la Europa imperial y su prolongación norteamericana en el «Nuevo Mundo», por lo que es, asimismo, la metáfora ideológica de unas culturas (la europea y la europeizada) que se autodefinen como patrón civilizatorio universal, signado por los ideales de libertad individual, de acumulación económica y de progreso material sin fin. Este modelo, aparte de estar conectado de forma intrínseca a la tecnología y a su lógica de obsolescencia permanente, está ligado, también de manera directa, al concepto racionalista y empirista de ciencia que se perfeccionó en el seno de la segunda Modernidad a partir del siglo XVII (Dussel, 2008)³ y que dio lugar a lo que Boaventura de Sousa Santos (2010) denomina el «pensamiento abismal».

Este pensamiento otorgó el monopolio del conocimiento verdadero a la ciencia positiva, descalificó las formas alternativas de conocer, representadas por la filosofía o por la teología, y estableció una *línea del abismo* más allá de la cual solo «hay creencias, opiniones, magia, idolatría, comprensiones intuitivas o subjetivas» y nunca «conocimiento real» (Santos, 2010: 14), lo que instauró dos premisas epistemológicas clave: la simetría entre presente, pasado y futuro (que viene de Isaac Newton) y el dualismo cuerpo-alma (que procede de René Descartes).

El propio Santos resume, en otra parte, las ideas fundamentales que componen ese enfoque positivista:

[...] la distinción entre sujeto y objeto y entre naturaleza y sociedad o cultura; la reducción de la complejidad del mundo a simples leyes, susceptibles de ser formuladas matemáticamente; una concepción de la realidad dominada por un mecanismo determinista y de la verdad como representación transparente de la realidad; una distinción estricta entre conocimiento científico –considerado el único riguroso y válido– y otras formas de conocimientos, tales como el del sentido común o el de las humanidades; privilegio de la causalidad funcional, hostil a la investigación de las «causas últimas» consideradas metafísicas y centradas en la manipulación y en la transformación de la realidad estudiada por la ciencia (2008: 41-42).

A esos rasgos se añadió la creencia en la auto constitución de la ciencia moderna como un *punto cero* de observación; es decir, como una plataforma desde la que es posible observar lo real sin ser objeto de observación; un lugar privilegiado, neutro y absoluto que, por tanto, habilitaría al observador a captar las verdades universales sin distorsiones ni sesgos (Castro-Gómez & Grosfoguel, 2007).

Consiguientemente, todos los saberes elaborados en y por Occidente adoptaron esos supuestos epistemológicos de la ciencia moderna y se inscribieron en los límites de su perspectiva; esto es, de su mirada lineal autorreferencial centrada en los perfiles, los desarrollos, los problemas y la teleología de las sociedades con desenvolvimiento capitalista e industrial, lo que los llevó a tratar con aire subordinante, y aun despectivo, a los otros pueblos y a sus modos de concebir, de conocer y de interpretar el mundo.

A pesar de que la comunicación llegó al espacio del conocimiento científico de manera tardía,⁴ no podía ser la excepción en ese cuadro y muy pronto los autores instauradores de este nuevo campo desarrollaron argumentos en pro del empirismo, de las evidencias objetivistas y de la utilidad instrumental del saber. En un célebre artículo que publicó en 1949, Harold Lasswell no solo que se corrigió a sí mismo frente a su inaugural análisis cualitativo de 1927 acerca de la propaganda bélica sino que defendió la importancia de los procedimientos cuantitativos para controlar la incertidumbre de los datos. Y fue desde esa misma década y hasta la de 1960 que se desplegó la aún vigente línea principal de los estudios comunicacionales orientada hacia la constatación y la presunta medición de los efectos producidos por la difusión masiva de mensajes, optando para la comprobación de los mismos por métodos estadísticos y aún experimentales.

De esa forma, con una armazón constituida, ante todo, por la epistemología positivista, las estrategias investigativas empírico-cuantitativas y la teoría sociológica funcionalista, la comunicación estructuró su perfil de científicidad a la medida de las exigencias procedimentales modernas como, también, de los objetivos de expansión del modelo civilizatorio en que vio la luz. De ahí deviene su «occidentalismo»; es decir, su correspondencia con la naturaleza, con las características y con las finalidades de la ciencia de Occidente, pero, a la vez, con los propósitos de supremacía de la «cultura occidental» y su diseño global capitalista (Mignolo, 2003). Y de ahí proviene, igualmente, su *eurofonía* (Kane, 2011); esto es, su condición de terreno de expresión del orden epistemológico occidental en alguno o en más de uno de los idiomas europeos que dominan la producción, la publicación y el debate científicos: el inglés, el francés y el alemán (en ese orden de jerarquía), seguidos, muy de lejos, por el español.

Sin embargo, cabe añadir que pese a toda esta sujeción epistemológica, teórica y metodológica, la comunicación no acabó, hasta la actualidad, de lograr su admisión plena en el privilegiado círculo de las disciplinas consagradas debido, entre otros aspectos, a la irresuelta discusión sobre su objeto de estudio⁵ o a sus carencias teóricas Martino (2007b). Los elementos de relativización que a este respecto fueron introducidos desde mediados de la década de 1980 por las corrientes posmodernistas y de los *cultural studies*, si bien contribuyeron a abrir otros frentes de análisis, como los de la transdisciplinización o la posdisciplinarietà (Wallerstein 1996 y 1998; Restrepo, Walsh y Vich, 2010, por ejemplo), tampoco llegaron a brindar una salida concreta al problema de la posición secundarizada del campo comunicacional en el espectro de los saberes académicos establecidos ni a la cuestión de su estatuto científico.

LOCUS, RASGOS Y ACTORES DE LA COMUNICACIÓN «OCCIDENTAL»

Las ideas básicas sobre comunicación que prevalecen en el plano internacional, de igual modo que los contornos atribuidos al campo de la comunicación, como ya fue señalado, son, ante todo, producto de elaboraciones euro-estadounidenses que, obviamente, responden a la índole y a las necesidades de los órdenes sociales en el seno de los cuales emergieron. Ya en 1976, en un seminal artículo, Luis Ramiro Beltrán se refirió a este hecho y concluyó que la comunicación (comunicología, para él) era hija de ese mismo proceso.

Comprensible y legítimamente, Estados Unidos diseñó y construyó, en filosofía, objeto y método, el tipo de ciencias sociales que corresponden a sus particulares circunstancias estructurales (culturales, económicas y políticas). Ellas eran, eminentemente, ciencias para el ajuste orientadas fundamentalmente a estudiar la conformidad con las necesidades, metas, valores y normas prevalentes del orden social establecido, de tal manera que ayudaran al sistema dirigente a lograr «normalidad» y a evitar los comportamientos «desviados» (en Moragas, 1982: 103).

Y en 1978, Jesús Martín-Barbero sostuvo que la dependencia de los latinoamericanos en este campo no se la debía buscar, apenas, en la práctica de repetición de teorías importadas sino, más bien, «en la concepción misma de la ciencia, del trabajo científico y de su función en la sociedad» que era utilizada en la región (1978: 20). Pero, además, agregó que «la “ciencia” de las comunicaciones nace controlada y orientada a perfeccionar y a perpetuar el “estilo norteamericano de democracia”» (1978: 22).

Así, el lugar (*locus*) inicial de enunciación del saber comunicacional estuvo marcado, en concreto, tanto por una colocación geográfica, una situación histórica, una concepción epistemológica, una noción de ciencia, un criterio metodológico y un dispositivo lingüístico-cultural como por intereses y finalidades histórico-sociales afines al diseño civilizatorio eurocentrado.

En ese marco, los pensadores y los analistas del norte capitalista imbuidos de los hechos y las aspiraciones de la Modernidad otorgaron prerrogativas de científicidad a la comunicación mediatizada y le dedicaron la mayor parte de sus esfuerzos comprensivos, dejando notablemente de lado el hecho básico de la (inter)relación humana significativa en sí. Estos factores, al final, configuraron la tradición intelectual «occidental» que continúa prevaleciendo como referente principal en la especialidad.

UN BREVE PERFIL DE LA MIRADA «OCCIDENTAL»

Pero ¿cuáles son los aspectos característicos de esta visión comunicacional predominante? Para responder a este interrogante, se ofrece una aproximación abreviada a las propuestas de once teóricos de Europa y de Estados Unidos de Norteamérica cuyos textos fueron, y siguen siendo, de uso extendido en procesos de formación y de investigación universitaria en Iberoamérica.⁶ Los libros y los autores seleccionados al efecto son los siguientes:

TÍTULOS	AUTORES	NACIONALIDAD
<i>Theories of Mass Communication</i>	Melvin De Fleur	Estadounidense
<i>Mass Communication Theory. An Introduction</i>	Denis McQuail	Inglesa
<i>Teorie delle comunicazioni di massa</i>	Mauro Wolf	Italiana
<i>Cultura y comunicación. Introducción a las teorías contemporáneas</i>	Blanca Muñoz	Española
<i>La pensée communicationnelle</i>	Bernard Miège	Francesa
<i>La science de la communication</i>	Judith Lazar	Francesa
<i>Historia de las teorías de la comunicación</i>	Armand y Michèlle Mattelart	Belga
<i>Teorías de la comunicación. Ámbitos, métodos y perspectivas</i>	Miquel Rodrigo Alsina	Española
<i>Sociologie de la communication et des médias</i>	Éric Maigret	Francesa
<i>Teoría de la comunicación. La comunicación, la vida y la sociedad</i>	Manuel Martín Serrano	Española

Una aproximación a los aspectos relacionados con las nociones de conocimiento científico, de ciencia, de teoría y de comunicación presentes en cada uno de estos libros, a las fuentes teóricas utilizadas por sus autores, a las líneas de pensamiento especializado que identifican u, opcionalmente, al tipo o a los tipos de comunicación que privilegian, como, también,

a las áreas geográficas que consideran relevantes en el origen de las ideas o de las teorías, permite perfilar los rasgos definitorios de lo que aquí se ha venido a llamar comunicación «occidental».

LIBRO POR LIBRO

Ya el título del libro de Melvin De Fleur brinda dos pistas valiosas para lo que aquí interesa examinar: habla de teorías, en plural, y de comunicación masiva, lo cual describe bien la orientación adoptada por este autor, que resume y que explica un pequeño grupo de teorías de orden psicológico y sociológico⁷ sobre las comunicaciones sustentadas en el empleo de medios de difusión, todas ellas relacionadas con la idea de influencia mediática en las conductas individuales.

De Fleur no encuentra, entonces, sino una reducida y escasamente elaborada gama de acercamientos teóricos al hecho comunicacional masivo, razón por la que demanda una «integración teórica» (que, sin embargo, no considera muy factible), a la vez que plantea la necesidad de un fortalecimiento lógico y empírico de las teorías existentes. Sostiene, al respecto, que esas teorías en realidad son «pre-teorías», debido a su grado de simplicidad, a la vaguedad de sus formulaciones y a su carencia tanto de sistematicidad como de evidencias que las respalden.

De Fleur distingue la comunicación humana de la de otros organismos no humanos, a los que atribuye falta de procesos conscientes, de aprendizaje y de cultura, al tiempo que afirma que la clave de los sistemas de comunicación humanos reside en el logro del «isomorfismo de significados» entre quienes participan en la «interacción simbólica» (1976: 137). No obstante, aunque habla de ese «intercambio comunicativo» entre individuos, el modelo descriptivo que introduce da cuenta de una relación unidireccional que va de una «fuente» a un «destino» mediada por un «transmisor» y por un «receptor» técnicos (1976: 140).

Entre los autores en los que De Fleur se apoya destacan Paul Lazarsfeld, Bernard Berelson, Joseph T. Klapper, Charles Osgood, Charles Wright, Robert Merton, Carl Hovland, Elihu Katz, Harold Lasswell y Wilbur Schramm.

El libro de Denis McQuail asume, desde su título, que es factible hablar, en singular, de «la teoría de la comunicación de masas», aunque en su contenido (primera contradicción) muestra, más bien, una larga lista de elaboraciones teóricas diferentes.⁸ Su segunda contradicción concierne a que pone en duda la existencia de esa teoría que pretende afirmar, porque «suele ser de una formulación imprecisa» (1985: 267) y ha «avanzado poco en la constitución de una “ciencia de la comunicación de masas”, en el sentido de un conjunto de tesis firmes que pueda utilizarse para mejorar la eficacia de los medios de comunicación» (1985: 268).

El otro elemento que conviene destacar en el texto de McQuail es que se centra, de manera exclusiva, en la forma *mass-mediática* de la comunicación, de donde se puede derivar una práctica identidad entre el fenómeno en sí (que el autor no define en ningún sentido preciso)

y los medios tecnológicos en los que tal fenómeno se manifiesta: prensa, libro, radio, televisión, cine y música grabada.

Los autores que más cita McQuail en sus referencias bibliográficas son Bernard Berelson, Jay Blumler, George Gerbner, James Halloran, Elihu Katz, Paul Lazarsfeld, Everett Rogers, Karl Rosengren, Gaye Tuchman, Jeremy Tunstall y Charles Wright, en general, pertenecientes a un registro ideológico semejante, aunque también consigna a Theodor Adorno, Raymond Williams, Louis Althusser, Antonio Gramsci, Armand Mattelart y Stuart Hall, utilizados, eventualmente, para dar cuenta de lo que señala como «enfoques alternativos de la comunicación de masas».

Mauro Wolf ofrece en su libro un recorrido cronológico por las corrientes y las teorías que marcaron la trayectoria de la investigación de la comunicación masiva o *communication research*, mismo que hace desembocar en lo que él califica como «nuevas tendencias» de ese «paradigma dominante».

Como en el caso precedente, mientras el título original habla de la teoría en singular, el contenido del texto presenta, al menos, nueve teorías tradicionales distintas y otras tres posteriores,⁹ todas relativas al empleo de medios masivos para comunicar, y su autor admite no solo que no siempre resulta pertinente utilizar el término teoría para designar a esos cuadros explicativos en uso –pues en ocasiones, dice, están lejos de ser conjuntos de proposiciones y de hipótesis coherentes y verificadas–, sino, igualmente, que el objeto al que se refieren es oscilante: a veces, está compuesto por los «medios de comunicación de masas»; a veces, por la «cultura de masas» (1987: 22).

Los principales autores considerados por Wolf son Theodor Adorno, Raymond Bauer, Umberto Eco, Carl Hovland, Elihu Katz, Paul Lazarsfeld, Denis McQuail, Claude Shannon, Gaye Tuchman y Charles Wright.

Para Blanca Muñoz es posible articular una «teoría de la comunicación» a partir de conceptos que se desprenden de teorías procedentes tanto de la filosofía social como de la sociología del conocimiento y de la sociología empírica, pero tal teoría concierne a un área que en su criterio está delimitada por la relación entre comunicación y masa y por una práctica identidad entre «sistema comunicativo» y «sistema cultural» (1989: 1).

Esta autora asume la validez del modelo lasswelliano como «perspectiva metodológica» (1989: 1) y reconoce «dos grandes líneas de investigación» respecto del ámbito comunicacional: «el paradigma norteamericano», preocupado por los efectos, y «el paradigma europeo», centrado en la ideología (1989: 3). En consecuencia, su foco de atención está puesto en la comunicación masiva como un fenómeno propio de la sociedad contemporánea y su planteo central apunta a que las dos líneas que nutren la «teoría de la comunicación de masas» llegan

a resultar convergentes, al final, en el «análisis de la formación de los procesos simbólicos de las sociedades postindustriales» (1989: 419).

Por tanto, Muñoz encuentra posible la unidad teórica y sostiene que, en función de ello, la teoría comunicacional deviene una especie de síntesis superior de las aproximaciones descriptivas (sociológicas) e interpretativas (filosóficas) de la realidad social y que, además, sirve como «puente» entre ellas.

Theodor Adorno, Louis Althusser, Roland Barthes, Jean Baudrillard, Daniel Bell, Walter Benjamin, Umberto Eco, Michel Foucault, Jürgen Habermas, Max Horkheimer, Claude Lévy-Strauss, Herbert Marcuse y Max Weber son los autores más nombrados en las referencias bibliográficas presentes en el libro. El único latinoamericano que aparece consignado en esta bibliografía es Eliseo Verón.

La multiplicidad y la disgregación en la producción científica especializada son, probablemente, los dos rasgos principales de los que da cuenta Bernard Miège al discurrir sobre las etapas de desarrollo del «pensamiento comunicacional»,¹⁰ hecho que se refleja muy bien en la propia organización de su libro, en el que es muy difícil hallar un eje ordenador consistente.¹¹ Así, cuando se refiere a que «existen tres corrientes fundadoras» (1996: 13), hay que deducir que se trata del «modelo cibernético», del «enfoque empírico-funcionalista de los medios de comunicación» y del «método estructural y sus aplicaciones lingüísticas» (1996: 14 a 38), aunque de inmediato, sin hacer distinción alguna del carácter fundador o derivado que les atribuye, el autor exponga sus apreciaciones sobre la «sociología de la cultura de masas», el «pensamiento crítico», la «psicología» y el «pensamiento macluhaniano» (1996: 38 a 43).

Al margen de ello, sin embargo, lo interesante es la utilización que hace el autor de la noción de «pensamiento comunicacional», en referencia al conjunto de ideas y de teorías existentes sobre la comunicación, al que, a la vez de entenderlo como fruto de la modernidad, define como «requisito para facilitar la modernización de las estructuras sociales» (1996: 10).

Miège afirma que este pensamiento «participa, al mismo tiempo, en la reflexión especulativa y en la producción científica» (1996: 9), posee diversos orígenes disciplinarios y se ocupa de observar desde las políticas estatales hasta las prácticas de los actores sociales, además de que tiene un cariz más práctico en Estados Unidos de Norteamérica e, inicialmente, más crítico en Europa occidental. Por último, señala que al ser producto tanto de los teóricos como de los profesionales y de la propia actividad social este pensamiento ha llegado a convertirse, parcialmente, en una ideología en el sentido de que produce y de que distribuye mitos en la sociedad contemporánea.

En la bibliografía de Miège figuran Theodor Adorno, Max Horkheimer, Bernard Berelson, Régis Debray, Patrice Flichy, Jürgen Habermas, Elihu Katz, Harold Lasswell, Paul Lazarsfeld, Claude Lévy-Strauss, Marshall McLuhan, Armand Mattelart, Edgar Morin, Herbert Schiller, Wilbur Schramm, Lucien Sfez, Claude Shannon, Warren Weaver, Paul Watzlawick y Raymond Williams.

Judith Lazar, a su vez, es tajante al afirmar la existencia de una «ciencia de la comunicación», cuya índole estaría basada en que la comunicación «se ha convertido en una disciplina bien establecida, rigurosa con los departamentos universitarios, programas doctorales, métodos de investigación, publicaciones y organizaciones científicas» (1995: 6). A ello añade que esta «ciencia» abarca los niveles individual, interpersonal, intergrupala, organizacional y masivo, siendo este último el de mayor jerarquía por estar relacionado «con la totalidad de la vida social» (1995: 7).

En cuanto a su objeto de estudio, citando a Steven Chafee y a Charles Berger, afirma que serían «la producción, el tratamiento y los efectos de los símbolos y de los sistemas de signos» (1995: 6), algo observable mediante procedimientos cuantitativos y cualitativos y en conexión con el «universo de investigación de las ciencias sociales» (1996: 7).

Para lo que aquí interesa, el libro ofrece en sus dos primeros capítulos un breve repaso sobre la historia de la investigación comunicacional: parte de la «Escuela de Chicago» y de los «padres fundadores»; describe, luego, las «orientaciones diversas»;¹² y presenta, después, cuatro «enfoques generales»: la cibernética, la antropología, la psicología y la semiología y el estructuralismo (1995: 33-46).

Los principales autores referidos en su bibliografía son Carl Hovland, Elihu Katz, Harold Lasswell, Paul Lazarsfeld, Kurt Lewin, Marshall MacLuhan, Robert Merton, Wilbur Schramm, Roland Barthes, Gregory Bateson, Ludwig Bertalanffy, Umberto Eco y Erving Goffman.

En su abordaje de la historia de las teorías referidas a la comunicación Armand y Michèle Mattelart asumen, desde el comienzo, una visión polisémica de esta noción junto con una consiguiente multiplicidad de las problemáticas y de las aproximaciones analíticas que estudian el fenómeno comunicacional.

El recorrido que presentan sigue el «orden de aparición» de las «escuelas, corrientes o tendencias» (1997: 14) que se han ocupado de temas vinculados a la comunicación –desde el desarrollo de los sistemas de comunicación (medios de transporte y vías de comunicación) hasta las implicaciones económicas, políticas y subjetivas de los procesos *mass-mediáticos* y de las redes tecnologizadas–, con lo cual brindan un panorama complejo de las ideas complementarias o contrapuestas generadas en diversos ámbitos y desde variadas especialidades.¹³

De ahí que los Mattelart hablen de «la pluralidad y la fragmentación de este campo de observación científica» (1997: 9) y remarquen la imposibilidad de pensar una historia lineal y cronológica de las teorías comunicacionales. En todo caso, anotan que se ha producido una generalización de la «investigación administrativa» que «va pareja con la liberalización del modo de comunicación», lo cual ha impregnado de pragmatismo «hasta las maneras de decir la comunicación» y alimenta un instrumentalismo que obstaculiza la conquista de «una verdadera legitimidad» para el campo comunicacional (1997: 126).

La bibliografía utilizada por los Mattelart es una de las más ricas; además de autores occidentales ya clásicos, como Louis Althusser, Bernard Berelson, Umberto Eco, Theodor Adorno, Jürgen Habermas, Stuart Hall, Elihu Katz, Harold Lasswell, Paul Lazarsfeld, Marshall McLuhan, Herbert Schiller, Wilbur Schramm o Raymond Williams, incluye referencias sobre importantes pensadores latinoamericanos: Luis Ramiro Beltrán, Juan Díaz Bordenave, Oswaldo Capriles, Paulo Freire, Néstor García Canclini, Humberto Maturana, Francisco Varela, Antonio Pasquali, Héctor Schmucler, Jesús Martín-Barbero y Eliseo Verón.

Miquel Rodrigo Alsina, quien acepta la existencia de unas «ciencias de la comunicación» (2001: 14), sostiene que «el objeto de estudio de las teorías de la comunicación es la comunicación humana en sus manifestaciones de la vida cotidiana» (2001: 44), aunque indica que la «comunicación de masas» constituye «un objeto de estudio privilegiado» para esas ciencias (2001: 14). Identifica, posteriormente, tres «perspectivas» de análisis –la interpretativa, la funcionalista y la crítica– que, a su turno, implican «corrientes»; es decir, las «fuentes» que «alimentarían de contenido teórico a las teorías de la comunicación» (2001: 161).

Este autor sostiene que una «perspectiva» implica «una aproximación semejante a un objeto de estudio parecido y una similar concepción de la comunicación dentro de la sociedad» (2001: 163). Las corrientes que identifica en la «perspectiva interpretativa» son la «Escuela de Palo Alto», el «interaccionismo simbólico», «Erving Goffman», el «construccionismo» y la «etnometodología»; en la «perspectiva funcionalista» hace, más bien, una breve reseña histórica del funcionalismo y presenta sus principios, describe las funciones y las disfunciones de la comunicación de masas y resume las críticas al funcionalismo; por último, en la «perspectiva crítica» vuelve a las «corrientes»: la «Escuela de Fráncfort», la «economía política» y los «estudios culturales».

En este caso, entre los autores con más referencias bibliográficas están los españoles Luis Badía, Jordi Berrío, Manuel Castells, Josep Gifreu, Daniel Jones, Miquel de Moragas, Manuel Parés i Maicas, el propio Miquel Rodrigo, Enric Saperas, Felicísimo Valbuena y Manuel Vázquez Montalbán; además de Jay Blumler, Pierre Bourdieu, Umberto Eco, Anthony Giddens, Erving Goffman, William Gudykunst, Michel Mafessoli, Edgar Morin, Herbert Schiller, Wilbur Schramm, Paul Watzlawick y Mauro Wolf. También figuran en la lista los latinoamericanos Néstor García Canclini, José Carlos Lozano, Jesús Martín-Barbero, Humberto Maturana, Guillermo Orozco y Antonio Pasquali.

Éric Maigret centra su examen sociológico en el ámbito de la «comunicación y los medios» (hasta la Internet) y expresa que «toda teoría de la comunicación propone un conjunto de elementos momentáneamente indivisibles: un modelo del intercambio funcional entre los hombres, un punto de vista sobre sus relaciones de poder y de cultura, una visión del orden político que los une» (2005: 16), de donde puede decirse que se desprenden los tres niveles del fenómeno comunicación como él los entiende: «natural o funcional», «social o cultural»

y de la «creatividad», los cuales «corresponden a los niveles de implicación del hombre en el universo de los objetos, de las relaciones interindividuales y de los órdenes sociopolíticos» (2005: 15-16).

«La comunicación es primero un hecho cultural y político y no técnico» (2005: 17) y toda teoría se compone de «presupuestos científicos y de puntos de vista ideológicos, éticos y políticos» (2005: 16), dice, asertos que, sin duda, traducen su propuesta de «aplicar la mirada de las ciencias sociales a los medios» (2005: 49) con la cual repasa desde los estudios decimonónicos europeos sobre la prensa hasta las «nuevas tecnologías» y la «democracia electrónica».¹⁴

Hay que relevar un elemento singular del libro de Maigret que es la incorporación de «padres fundadores europeos» en la tradición teórica más conocida: Karl Marx, Émile Durkheim, Alexis de Tocqueville, Georg Simmel, Ferdinand Tönnies y Max Weber. Sin embargo, su crítica hacia ellos sugiere por qué en su mayoría no generaron tradiciones investigativas en la materia:

Sobre la cuestión de los medios, la mayoría de los padres fundadores europeos no eran mudos sino miopes. Veían bien de cerca –tomaban sus distancias con respecto a las vulgatas sobre los efectos nocivos de los medios o proponían programas de estudio práctico– pero distinguían mal el lugar de la comunicación en la modernidad, subestimaban su importancia social (2005: 67).

Los autores, reiteradamente, citados en esta obra son Roland Barthes, Pierre Bourdieu, Michel de Certeau, John Dewey, Émile Durkheim, Umberto Eco, Anthony Giddens, Erving Goffman, Jürgen Habermas, Stuart Hall, Richard Hoggart, Max Horkheimer, Elihu Katz, Harold Lasswell, Paul Lazarsfeld, Walter Lippmann, Sonia Livingstone, Karl Marx, Armand Mattelart, Marshall McLuhan, David Morley, Érik Neveu, Dominique Pasquier, Ferdinand de Saussure, Philip Schlesinger, Roger Silverstone, Georg Simmel, Gabriel Tarde, Alexis de Tocqueville, Alain Touraine, Jean-Claude Passeron, Gaye Tuchman, Jeremy Tunstall, Max Weber, Norbert Wiener y Dominique Wolton. Los únicos latinoamericanos incluidos en las referencias son Jesús Martín-Barbero y Eliseo Verón.

Manuel Martín Serrano, por último, propone una original explicación propia sobre el desarrollo y el carácter de la comunicación, así como respecto a la construcción de teoría sobre ella y al lugar que ocupa esta teorización entre los saberes vigentes. El autor cuestiona el «antropocentrismo comunicativo» que, a su criterio confina a las teorías comunicacionales a un estado «precientífico» (2007: xiv y xxi) y defiende la necesidad de hacer teoría desde una concepción evolucionista y no apenas cultural (2007: xx). A su entender, «la comunicación es un tipo de interacción que está inicialmente al servicio de las necesidades biológicas y que funciona con pautas zoológicas»; por ende, «la comunicación llega a ser soporte de la cultura, pero no arranca con ella» (2007: xviii). Esto supone que antes de la «comunicación humana» hubo «usos precomunicativos de la información» en otros seres vivos (2007: 23),

razón por la cual –enfatisa– se requiere de comprender los procesos generales de evolución para conocer y para teorizar la comunicación.

En consecuencia, considera que existe una notable brecha entre la teorización actual sobre la comunicación y el conocimiento científico que se tiene en otras áreas y manifiesta:

El estudio de la comunicación tiene que partir de cuando no había ni cultura ni sociedad, ni valores.¹⁵ Y solo concluye cuando se aclara cómo ha participado la comunicación en las características de los humanos, de sus sociedades: en la existencia de un universo abstracto y axiológico (2007: XVIII y XIX).

Al no tratarse de un recuento de teorías existentes, los únicos autores, tradicionalmente, vinculados al ámbito comunicacional mencionados en la bibliografía son Theodor Adorno, Roland Barthes, Émile Durkheim, Ludwig von Bertalanffy, Max Horkheimer, Karl Marx, Abraham Moles, Claude Shannon, Paul Watzlawick y Norbert Wiener, a los que se suman otros provenientes, más bien, de la filosofía o de los estudios del lenguaje, la epistemología, la zoología, la evolución biológica o la cultura en general, como Ernst Cassirer, Charles Darwin, Friedrich Engels, George Hegel, Edmund Husserl, André Leroi-Gourhan, Konrad Lorenz, Jean Piaget, Jean J. Rousseau, Ian Tattersall, Nikolaas Tinbergen o Ludwig Wittgstein.

ELEMENTOS DE LAS IDEAS «OCCIDENTALES» DE COMUNICACIÓN

De la sucinta revisión efectuada en el apartado anterior es dable desprender algunas coincidencias principales entre los libros examinados:

- El foco primario de atención de las teorías en uso está ubicado en la «comunicación de masas».
- La comunicación es concebida, ante todo, como un proceso *mass-mediado* y, por tanto, de transmisión de contenidos hacia determinados públicos.
- Esa comunicación es relacionada con el poder de los medios o sobre los medios, quedando enfatizado, así, su lado o su empleo instrumental.
- Se admite que el estudio de la comunicación tiene un origen plural en lo disciplinario.
- La identificación de dos bloques básicos en las teorías, las pragmáticas y las críticas, es reiterativo.
- Las pocas referencias hechas a la científicidad necesaria remiten a pautas positivistas: aportación de evidencias, cuantificación e, incluso, asimilación a las ciencias de la naturaleza.

- Los principales autores-fuente utilizados, estadounidenses y europeos en su totalidad, son recurrentes, en tanto que los latinoamericanos citados, más bien excepcionalmente, no llegan a ser considerados en tal condición.
- La preocupación epistemológica y por la definición de teoría, de objeto y de método es circunstancial, minoritaria y falta de consistencia.
- No hay, salvo en el caso de Martín Serrano, una preocupación ontológica manifiesta sobre la comunicación como fenómeno.
- Tampoco hay criterios rigurosos explícitos para clasificar las teorías expuestas y sus correspondientes componentes.
- Se asume, mayoritariamente, que las teorías existentes, aparte de débiles y hasta de asistemáticas, se distinguen por su multiplicidad, su disgregación y su fragmentación.

En cuanto a las diferencias entre las visiones de los once autores cuyos libros fueron presentados se pueden señalar las siguientes:

- La mención de varias teorías prevalece sobre la alusión que, eventualmente, se hace a la posibilidad de desarrollar una teoría unificada.
- Algunos distinguen la «comunicación humana» de la «comunicación animal»; los más, convergen en la «comunicación masiva».
- Unos hablan de una «ciencia de la comunicación», algunos de «ciencias de la comunicación»; otros, afirman que la comunicación no puede ser una ciencia.
- Los basamentos para el estudio de la comunicación son encontrados en distintas fuentes: en la propia comunicación, en las ciencias sociales, en las humanidades, en las ciencias cognitivas y hasta en las ciencias naturales.
- El mayor desacuerdo parece estar en la denominación y en la clasificación de los cuadros teóricos que –sin ningún análisis conceptual visible– aparecen nombrados como teorías, corrientes, perspectivas, paradigmas, líneas o escuelas, inclusive dentro de la propuesta de un mismo autor.

A partir de todos estos elementos es dable inferir que en la concepción «occidental» la comunicación es un proceso mediado, tecnológicamente, que genera efectos y en el que la acción unilateral de los emisores tiene preeminencia sobre los receptores, así se reconozcan en ellos competencias de resignificación, en tanto que se considera que la comunicación como área del saber carece de un estatuto científico definido, aborda objetos múltiples y muestra una endeblesz teórica que pareciera poder ser sobrellevada con investigaciones puntuales destinadas a incidir en determinadas prácticas.

Como no podría ser de otra manera, esa mirada «oeste-céntrica»¹⁶ del fenómeno comunicacional y de su estudio está inscrita en el espacio epistemológico de la Modernidad y tanto sus

alcances (lo que ella permite pensar) como sus condicionamientos (el modo en el que direcciona lo pensable) son aquellos instalados en las teorías sociales generales o en las matrices teóricas que le sirven de referencia (Torrico, 2010). Y es, de ahí mismo, de donde proviene su vínculo con la colonialidad,¹⁷ pues dicha mirada, tanto en su ala conservadora como en la que más bien se reclama progresista, contribuye a imponer y a legitimar el modelo civilizatorio eurocéntrico, cuya antigua pretensión universal le impide tomar conciencia de que, en realidad, no es sino un provincianismo proyectado desde el núcleo colonial del siglo xv que, desde entonces, niega o descalifica cosmovisiones e historias que le resultan «otras».

Consiguientemente, debido a la frecuencia con que ya hace décadas la academia latinoamericana –como, también, la asiática o la africana– suele incurrir en la imitación o en la repetición acríticas de ciertas concepciones importadas, al igual que en la adopción de algunas modas intelectuales,¹⁸ la implantación de la comunicación «occidental» en términos cuasi canónicos se dio en la región, y más allá de ella, sin mayores contratiempos, con el efecto principal de marginalizar la reflexión propia o, simplemente, de cohibirla.

¿DES-OCCIDENTALIZAR LA COMUNICACIÓN?

No obstante ese largo predominio «occidental» y la costumbre del «préstamo» epistémico, teórico y metodológico, América Latina generó, a partir del decenio de 1960, una visión crítico-utópica en comunicación que, sin ser homogénea, ha demarcado una ruta analítica alternativa que hoy tiene al frente el desafío de la des-occidentalización y, consecuentemente, de su propia emancipación.

Esta opción es nueva dado que, por primera vez, se plantea en el marco del «giro decolonial» iniciado a finales de los años noventa del pasado siglo (Castro-Gómez & Grosfoguel, 2007) la posibilidad de reinterpretar la historia mundial y de desmontar, con ello, la lógica eurocéntrica con la que esa noción había sido construida. Esto implica, al mismo tiempo, que se abre la oportunidad, vía «desobediencia epistémica» (Santos, 2008), de superar los constreñimientos de los paradigmas que estableció el Occidente para garantizarse la ventaja oligopólica del saber.

Cabe recordar que la anterior crítica latinoamericana se derivó, casi siempre, de posiciones intelectuales y políticas –desde el materialismo histórico hasta las vertientes posmodernas– nacidas en el seno de la Modernidad y que en ningún momento se propusieron desbordar las fronteras de ese proyecto forjado, al unísono, con el reino del capital como efecto de la incorporación de América en el mapa planetario.

Por eso, el reto del presente es diferente y de mayor magnitud y su afrontamiento requiere, todavía, de mucha preparación. En todo caso, no se trata de echar por la borda todo el conocimiento ya acumulado ni de soñar con ilusos autoctonismos, sino de reevaluar críticamente lo que ya se sabe y de canalizar otro entendimiento de la comunicación, más humano, social, comunitario, inclusivo, humanizador y democratizante que el del «paradigma dominante», a la par que de instituir un espacio de conocimiento cuali-cuantitativo en torno a un núcleo teórico que privilegie el consenso como finalidad y la interrelación antes que las mediaciones técnicas.

Des-occidentalizar, por ende, supone dejar de ver a la comunicación y a su campo con los ojos de la tecnocracia, del mercado, de la fe engegueda y del control político para recuperar el contenido liberador de su sentido y de su praxis. ■■■

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BELTRÁN, Luis Ramiro (1982). «Premisas, objetos y métodos foráneos en la investigación sobre comunicación en América Latina». En Moragas, Miquel de (edit.). *Sociología de la comunicación de masas* (pp. 94-119). Barcelona: Gustavo Gili.

BELTRÁN, Luis Ramiro (1976). «Estado y perspectivas de la investigación en comunicación en América Latina». *SIDCOM* (N.º 2), pp. 41-49. La Paz: Universidad Católica Boliviana.

CASTRO-GÓMEZ, Santiago; GROSGOQUEL, Ramón (2007). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre.

DE FLEUR, Melvin (1976). *Teorías de la comunicación masiva*. Buenos Aires: Paidós.

DUSSEL, Enrique (2008). *1492 - El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del «Mito de la modernidad»*. La Paz: Biblioteca Indígena.

FUENTES, Raúl (2008). «Bibliografías, biblionomías, bibliometrías: los libros fundamentales en el estudio de la comunicación». *Comunicación y Sociedad* (N.º 10), pp. 15-53. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

GALINDO, Jesús y otros (2005). *Cien libros hacia una comunicología posible*. México D. F.: Universidad Autónoma de México.

GUNARATNE, Shelton (2011). «De-Westernizing communication/ social science research: opportunities and limitations». *Media, Culture & Society*, 32 (3), pp. 473-500. United Kingdom: Sage Publications.

KANE, Ousmane (2011). *África y la producción intelectual no eurófona. Introducción al conocimiento islámico al sur del Sáhara*. Madrid: Oozebap.

KATZ, Elihu y otros (2008). *Canonic Texts in Media Research: Are There Any? Should There Be? How About These?* Cambridge: Polity Press.

LASSWELL, Harold (1949). «Why be quantitative?». *Language and Politics: Studies in Quantitative Semantics*, pp. 40-52, Cambridge: MIT Press.

LAZAR, Judith (1995). *La ciencia de la comunicación*. México D. F.: Publicaciones Cruz O.

MAIGRET, Éric (2005). *Sociología de la comunicación y de los medios*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

MARTÍN-BARBERO, Jesús (1978). *Comunicación masiva: discurso y poder*. Quito: Ciespal.

MARTÍN SERRANO, Manuel (2007). *Teoría de la comunicación. La comunicación, la vida y la sociedad*. Madrid: McGraw Hill.

MARTINO, Luiz (2007a). «Teorias da Comunicação: O estado da arte no universo de língua española». Ponencia presentada al XXIX Encuentro de los Núcleos de Investigación de la INTERCOM, São Paulo.

MARTINO, Luiz (2007b). *Teorias da Comunicação, Muitas ou Poucas?* São Paulo: Ateliê.

MATTELART, Armand; MATTELART, Michèle (1997). *Historia de las teorías de la comunicación*. Barcelona: Paidós.

MORAGAS, Miquel de (ed.) (1982). *Sociología de la comunicación de masas*. Barcelona: Gustavo Gili.

MCQUAIL, Denis (1985). *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*. Barcelona: Paidós.

MIÈGE, Bernard (1996). *El pensamiento comunicacional*. México D. F.: Universidad Iberoamericana.

MIGNOLO, Walter (2003). *Historias locales / diseños globales*. Madrid: Akal.

MUÑOZ, Blanca (1989). *Cultura y comunicación. Introducción a las teorías contemporáneas*. Barcelona: Barcanova.

PETERS, John; SIMONSON, Peter (eds.) (2004). *Mass Communication and American Social Thought. Key Texts 1919-1968*. Maryland: Rowman & Littlefield Publishers.

POOLEY, Jefferson (2008). «The New History of Mass Communication Research». En *The History of Media and Communication Research: Contested Memories* (pp. 43-69). New York: Peter Lang.

QUIJANO, Aníbal (2000). «Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina». En Lander, Edgardo (comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 204-246). Buenos Aires: Clacso.

RESTREPO, Eduardo; ROJAS, Axel (2010). *Inflexión decolonial: fuentes, conceptos y cuestionamientos*. Popayán: Universidad del Cauca.

RESTREPO, Eduardo; WALSH, Catherine; VICH, Víctor (eds.) (2010). *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Popayán: Envión.

RODRIGO ALSINA, Miquel (2001). *Teorías de la comunicación: ámbitos, métodos y perspectivas*.

SANTOS, Boaventura de Sousa (2008). *Conocer desde el Sur. Para una cultura política emancipatoria*. La Paz: Plural-Clacso.

SANTOS, Boaventura de Sousa (2010). *Para descolonizar Occidente. Más allá del pensamiento abismal*. Buenos Aires: Clacso.

SCHRAMM, Wilbur (edit.) (1965). *La ciencia de la comunicación humana*. Quito: Ciespal.

TORRICO, Erick (2010). *Comunicación. De las matrices a los enfoques*. Quito: Ciespal.

WALLERSTEIN, Immanuel (coord.) (1996). *Abrir las ciencias sociales*. México D. F.: Siglo XXI.

WALLERSTEIN, Immanuel (1998). *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*. México D. F.: Siglo XXI.

WOLF, Mauro (1987). *La investigación de la comunicación de masas*. Barcelona: Paidós.

NOTAS

1 La racialización supone la adopción de la idea de raza para diferenciar biológica y culturalmente a poblaciones «superiores» e «inferiores». A su vez, la *razón dualista* es la que opera con ese tipo de clasificaciones binarias y está vinculada, también, a la emergencia de las denominadas «dos culturas»; esto es, de la separación entre la búsqueda de lo verdadero (ciencia) y de lo bueno (filosofía).

2 La polémica al respecto es planteada en la «Introducción» del libro de Elihu Katz y otros (2008) que, justamente, se pregunta sobre si hay o no algún texto canónico tanto como si debiera haberlo.

3 Para este autor, criterio que aquí se comparte, la primera Modernidad empezó en 1492 cuando fue posible, con la incorporación de América a la geografía universal, que la historia se unificara a escala, también, universal.

4 Este surgimiento se produjo a finales de la década de 1920, con los primeros análisis de Harold Lasswell sobre la propaganda bélica (Peters & Simonson, 2004), pero su relativo afianzamiento empezó veinte años después, de la mano del propio Lasswell, y de los otros tres «iniciadores» ya nombrados.

5 A lo largo de varias décadas ha persistido el desacuerdo en esta materia, tiempo en que las preferencias de los autores han desplazado la identificación del objeto de estudio comunicacional desde la fidelidad de la transmisión técnica, las peculiaridades y los hábitos de las audiencias o los significados manifiestos y latentes de los mensajes, hasta las competencias de los receptores, las mediaciones culturales o las presuntas bondades democratizadoras de las tecnologías.

6 Los recuentos bibliográficos y del estado del arte de las teorías comunicacionales hechos en América Latina por Jesús Galindo y otros (2005), Luiz Martino (2007a) y Raúl Fuentes (2008) consignan, al menos una vez, a cada uno de estos textos entre los materiales de referencia teórica calificados como fundamentales.

7 Se trata de las teorías de las diferencias individuales, de las categorías sociales, de las relaciones sociales y de las normas culturales.

8 En líneas generales, éstas se refieren a las relaciones entre comunicación de masas, sociedad y cambio social, así como a los objetivos, las funciones, los papeles, los contenidos, las audiencias o los efectos de los medios de comunicación masiva.

9 El autor las detalla: «La teoría hipodérmica, la teoría vinculada a las visiones empírico-experimentales, la teoría derivada de la investigación

empírica sobre el terreno, la teoría del planteamiento estructural-funcionalista, la teoría crítica de los media, la teoría culturológica, los *cultural studies*, las teorías comunicativas» (Wolf, 1987: 22). En la segunda parte, agrega las teorías sobre los efectos a largo plazo y las de la sociología de los emisores.

10 «Aunque haya alcanzado un cierto nivel de elaboración, que le permite desde ahora comprender la complejidad de los fenómenos que intenta explicar, este pensamiento no está unificado, y no está listo para presentarse como tal» (Miège, 1996: 114).

11 El libro está estructurado en tres partes: «Las corrientes fundadoras (años cincuenta y sesenta)», «La expansión de las problemáticas (años setenta y ochenta)» y «Las interrogantes actuales». Es claro que esta delimitación no sigue un criterio lógico homogéneo.

12 Entre estas «orientaciones», sin acudir a ningún criterio de orden, cita, por ejemplo, a la economía política, el imperialismo cultural, el uso de medios, la difusión de innovaciones, el dependentismo, el determinismo tecnológico, el establecimiento de agenda y la espiral del silencio.

13 En el libro, estas ideas están organizadas a partir de las relativas al «organismo social» como red de intercambio informativo para introducirse, luego, en las aportadas por los «empirismos del Nuevo Mundo», revisar la «teoría de la información», la «teoría crítica», los «*cultural studies*», la «economía política» con sus variantes y los estudios sobre el actor y la recepción, hasta desembocar en las corrientes que examinan la «posmodernidad» en el mundo de las redes.

14 La revisión crítica que aporta este autor implica, entre otras aproximaciones teóricas, los estudios sobre los efectos, la Escuela de Frankfurt, la teoría de la cultura de masas, el modelo matemático de la información, la antropología de la comunicación, el determinismo tecnológico, la semiología, los *cultural studies* y las teorías de la opinión y el espacio públicos.

15 Esto se relaciona con lo que Martín Serrano (2007) llama la «Paleontología de la comunicación».

16 *Westcentric*, en la versión original de Shelton Gunaratne (2011: 475).

17 Este concepto, desarrollado inicialmente por Anibal Quijano (2000), remite a las jerarquías de poder heredadas de la época colonial que tras la independencia han sido tradicionalmente reproducidas por los dispositivos institucionales y por las estructuras de control de las naciones no imperiales, así como internalizadas por sus poblaciones subalternizadas (Restrepo & Rojas, 2010).

18 Esta dependencia académica fue críticamente retratada en el estupendo artículo antes citado de Luis Ramiro Beltrán sobre el carácter foráneo de las premisas, de los objetos y de los métodos presentes en la investigación comunicacional latinoamericana. Un texto que, por eso mismo, desde su publicación, en 1976, no ha dejado de tener pertinencia (Moragas, 1982).